Los nuevos Bolívares

A Jorge Orlando Melo
y Noé Jitrik

Germán Arciniegas publicó en la revista *Sur* de Buenos Aires, una reseña titulada «Sobre dos famosas autobiografías de Salvador de Madariaga y Waldo Frank» (n.° 224, sept-oct. 1953). El título era irónico y en el n.° 226 de *Sur* (enero-febrero 1954) Waldo Frank le respondió aclarándole que más allá de lo que pudiese haber de autobiográfico en su libro, lo que él había intentado era un biografía de Bolívar, hombre que había hecho nacer un mundo.

Pero la sugerencia de Arciniegas no dejaba de ser válida. Al escribir sobre Bolívar cada cual, norteamericano o español, proyectaba *su* Bolívar, poniendo en él lo que ya traía consigo. Simpatías, admiraciones, odios e ideales: su propia vida. Siete libros recientes en torno a Bolívar justifican el título de esta reseña, el recuerdo de la mencionada polémica e incitan a preguntarnos por el renovado interés acerca de quien ya todo parecía dicho. En orden cronológico, los siete títulos son:

1) Germán Arciniegas: *Bolívar y la revolución.* Bogotá, Planeta, septiembre 1984. 345 pp.
2) Caupolicán Ovalles: *Yo, Bolívar rey.* Caracas, Contexto Audiovisual 3, 1986. 248 pp.
3) Fernando Cruz Kronfly: *La ceniza del libertador.* Bogotá, Planeta, mayo 1987. 341 pp.
4) Denzil Romero: *La esposa del Dr. Thorne.* Barcelona, Tusquets Editores, marzo 1988, 212 pp. (X Premio La Sonrisa Vertical).
5) Germán Arciniegas: *Bolívar, de San Jacinto a Santa Marta. Juventud y muerte del libertador.* Bogotá, Planeta, agosto 1988. 194 pp.
6) Fabio Puyo: *Muy cerca de Bolívar.* Bogotá, La Oveja Negra, diciembre 1988. 244 pp.
7) Gabriel García Márquez: *El General en su laberinto.* Bogotá, Editorial La Oveja Negra; marzo, 6 de 1989. 284 pp. (Edición española: Mondadori, Madrid, 1989).

Bolívar y el ancho mundo, según Arciniegas

Bolívar y la revolución busca situar a su personaje en un contexto mundial: el de las cuatro grandes revoluciones que entre los siglos XVIII y XIX modificaron la historia: la inglesa, la de Filadelfia (1774), la de la América Española (1774-1810) y las francesas y haitianas, de 1748 a 1841. El planteamiento de Arciniegas es claro: los grandes imperios monárquicos de Europa, Inglaterra, Francia, España fueron vencidos en América, y en contra de ellos triunfó la libertad republicana. En ese sentido tanto Bolívar como Miranda rechazaban las consecuencias últimas de la revolución francesa: el ascenso de Napoleón a un trono como el que la guillotina había descabezado.

Mal que bien, las repúblicas americanas han subsistido dos siglos y los errores que Arciniegas critica en Bolívar: una filosofía monárquica en la base de la constitución

boliviana y la idea de convertir la Gran Colombia en un protectorado inglés, no opacan su hazaña: nos libertamos no de España sino de Europa para hacer algo propio: «una creación original y auténtica que sale de las entrañas de "nuestra" revolución» (p. 9).

Estas repúblicas que a veces nos parecen tan precarias sirvieron en todo caso para que entre 1840 y 1940 cerca de sesenta millones de personas dejaran Europa advertidas de que el derecho divino de los reyes no existía y que en América resultaba factible lo que en Europa parecía imposible: ser libres. Hacer su propia vida. Darse el gobierno que querían. El rey puede seguir siendo rey, pero no absoluto. En aquel tiempo ¿podía concebirse algo más radical?

Bolívar en Angostura, decía:

> Os recomiendo, representantes, el estudio de la Constitución Británica que es la que parece destinada a operar el mayor bien posible a los pueblos que la adopten... Cuando hablo del gobierno británico sólo me refiero a lo que tiene de Republicanismo. A la verdad ¿puede llamarse pura Monarquía un sistema en el cual se reconoce la soberanía popular, la división y el equilibrio de los poderes, la libertad civil, de conciencia, de imprenta y cuánto es sublime en la política? ¿Puede haber más libertad en ninguna especie de República? ¿Y puede pretenderse más orden social?

De este modo el libro de Arciniegas nos introduce en el horizonte característico de estos «nuevos» Bolívares: un horizonte mundial. Peleaban contra España, sí, sólo que para contrarrestar tal poder era imprescindible la búsqueda de un alianza con Inglaterra. El crear una legión británica. Internacionalizar el conflicto. Ofrecer a los ingleses el vasto mercado potencial del Caribe. La hipótesis, tal como la sugiere Bolívar en su «Carta de Jamaica» , de «entregar al Imperio Británico las provincias de Panamá y Nicaragua, para que forme de esos países el centro del comercio del universo por medio de la apertura de canales, que, rompiendo los diques de uno y otro mar, acerquen las distancias más remotas y hagan permanente el imperio de Inglaterra sobre el comercio» (p. 35).

Como hábil político, Bolívar tenía que brindar promesas atractivas para obtener a cambio, quizás, una mínima parte del apoyo efectivo que requería: estaba en guerra y no había tiempo que perder. De ahí las arduas y tortuosas negociaciones con Caning, con la Santa Alianza que le temía, con el Vaticano que insistía en nombrar sus obispos. Así hay que ver a este «nuevo» Bolívar: como alguien que intentaba otorgar a este vasto mundo americano carta de ciudadanía universal.

La doble faz de Bolívar, entonces, «que obraba como guerrero y hablaba como civil», proviene de esas coyunturas estratégicas que lo obligan a ser militar y político a la vez:

> Había en Bolívar dos personalidades encontradas: la del idealista republicano y la del caudillo absoluto. Era un ciudadano apasionado por la autoridad civil y un soldado violento e inflexible. Esta contradicción lo lleva a proclamar verdades opuestas: no mentía cuando fustigaba a los legisladores, ni cuando los exaltaba. Decía lo contrario en discursos igualmente sinceros, y como caudillo dio a sus palabras un fuego tan ardiente como el que prendía para alumbrar a la república (p. 117).

Este Bolívar dual, que hace tanto y tiene tan profundas dudas acerca de lo que ha hecho, vive los 47 años de su vida (1783-1830) en medio de un torbellino sin fin. No

es escolar, del todo, rememorar una docena de fechas que enmarcan esta secuencia relampagueante:

En 1748 aparece *El espíritu de las leyes,* de Montesquieu y en 1762 *El contrato social* de Rousseau, dos de sus libros de cabecera.

En 1776 se independizan las colonias inglesas de Norteamérica.

En 1780 se subleva Tupac Amarú en el Perú.

En 1781, 20.000 comuneros granadinos parten del Socorro hacia Bogotá, en marcha de protesta por los excesivos impuestos.

En 1789: toma de la Bastilla.

En 1793 guillotinan a Luis XVI, asesinan a Marat y al año siguiente, rueda inexorable de las revoluciones, guillotinan a Robespierre.

En 1801 Haití lanza su constitución, primera escrita en América, con división de los tres poderes, asamblea legislativa, derechos del hombre y un presidente vitalicio.

En 1804 Haití se subleva contra la Francia napoleónica y la derrota. La Francia que insistía en la esclavitud de los negros y a la cual vence la fiebre amarilla.

En 1808 el pueblo de Madrid se pronuncia contra el invasor francés, pide independencia y esta palabra conmueve a un argentino: José de San Martín.

En 1809 se dan gritos de independencia en La Paz y Quito.

En 1810 en Buenos Aires, Caracas, Bogotá, Santiago y México.

En 1824, con la batalla de Ayacucho, queda libre toda la América Española.

En 1849 Colombia decreta la liberación de los esclavos.

En 1865 lo hace Estados Unidos.

No hay guión cinematográfico más complejo que éste. Los que vimos una película como el *Danton* (1982) de Wajda, con Gerard Depardieu y el admirable Wojciech Pszoniak como Robespierre, podemos comprender mejor la imposibilidad de abarcar el multifacético cuadro de estos años, visto desde tantos ángulos, y con el contrapunto central de las dos orillas del Atlántico, impulsando y recibiendo novedades.

Un solo episodio parisino, como en el caso de la mencionada película, podía incidir en todo el mundo, pero si uno de los rasgos distintivos de estos «nuevos» Bolívares, es su carácter mundial —son influidos, pero también influyen— lo decisivo ahora es el matiz americano a partir del cual lo hacen.

Del mismo modo que Colón, al descubrir América demostró a Europa que ella era estrecha y provinciana y que sólo gracias a América sus valores podían llegar a ser universales, las noticias americanas habían ido irrumpiendo en el tejido europeo con colorido propio.

No es sólo la Enciclopedia llenándose, a través de Voltaire y Diderot, de nuevos datos. Es Miranda, el precursor, quien participa, ciudadano del mundo, en las tres revoluciones del momento (la norteamericana, la francesa y la americana), protegido, además, por Catalina de Rusia. Son Jefferson y Franklin, contribuyendo a los textos claves de la revolución francesa. Humboldt, escribiendo y conversando sus viajes. Es el rey de Francia gastando dinero y hombres en la rebelión de las colonias inglesas de

América: un argumento más para su condena. Es el Caribe como nuevo centro del comercio mundial, disputado por todos los imperios. Son los negros de Haití hablando en la Asamblea Nacional Francesa...

Por ello el libro de Arciniegas opone al occidente tomista y monárquico la fuerza renovadora de una América bolivariana y republicana. Dice así:

> De 1819 en adelante, una serie de triunfos increíbles fue mostrando a Bolívar que sí era posible luchar contra la naturaleza y vencerla, contra España y derrotarla, contra veinte siglos de monarquía y salir adelante con repúblicas (p. 343).

Que Bolívar no terminara por creer en esa hazaña que había realizado, que dijera: «toda América junta no vale una armada inglesa», no demerita sus colosales logros, ni hace menos perturbadores sus perplejidades y desalientos. Estos «nuevos» Bolívares nos demuestran que aún no lo conocemos del todo.

Las palabras de Arciniegas reclamaban, desde 1984, la biografía que todavía nos falta:

> La guerra nuestra fue algo más serio de lo que Europa ha visto y desdeñado. Y más serio de cuanto América ha vivido sin tomar conciencia de su profundidad. Este es el problema filosófico que deja en suspenso la biografía que nadie escribe del Libertador, por un antiguo resabio de hacer la vida de los héroes transfigurando sus errores en virtudes (p.342).

En todo caso, este libro de Arciniegas esboza el marco adecuado: un Bolívar mundial, un Bolívar americano, un Bolívar contradictorio. Y, curiosamente un Bolívar tan decisivo que su figura aún suscita la atracción autobiográfica y crítica de quienes se le aproximan. Ante la magnitud de lo que hizo no nos queda más remedio que tomar partido. Así la conclusión del libro de Arciniegas, un confeso partidario de Francisco de Paula Santander sin por ello dejar de ser un ferviente admirador de Bolívar, es interesante por la vastedad polémica que insinúa:

> En el proceso revolucionario que va del XVIII al XIX, con sus derechos del hombre, las limitaciones al soberano, los parlamentos reforzados, la participación de todas las clases sociales, los recortes al poder eclesiástico y a la aristocracia, las hechuras de las leyes por el parlamento y no por la voluntad real... de todo, de todo, lo más radical fue la independencia proclamada por los pueblos de América. Lo demás no son sino variaciones en el sistema antiguo. En la independencia se va más lejos. Se frenan para siempre los imperios y surge un derecho nuevo. Salen remozadas todas las otras expresiones de la revolución. Bolívar entra a ser el instrumento que trabaja en lo más radical del más revolucionario de los siglos. Su obra está ahí. Y sólo ahí. No hay que equivocarse (p. 345).

Red de referencias que se amplía y limitaciones que se señalan: el libro de Arciniegas suscitó el debate que era de esperar, el cual se halla documentado en *Arciniegas de cuerpo entero* (Bogotá, Planeta, 1987). Pero no es el caso volver a él sino de retomar una frase de Hegel: «La monarquía es la esencia de Europa, y hasta ahí llega la historia», la cual, con la soberbia de un pensamiento que aspiraba a una totalidad sin resquicios, parecía cerrar toda otra vía. Pero la historia ya no es sólo propiedad europea: así lo demostró Bolívar. Así lo corroboran historiadores y novelistas. Como si la imaginación americana tuviese que rellenar los vacíos que la racionalidad europea se muestra incapaz de cubrir.

Aquí una digresión: si bien el libro de Arciniegas es el libro de un periodista-historiador, los tres libros siguientes, de Caupolicán Ovalles, Fernando Cruz Kronfly y Denzil Ro-

mero, son novelas acerca de Bolívar. ¿Estamos asistiendo entonces a similar proceso al que llevó a varios escritores latinoamericanos a escribir novelas sobre el tema del dictador partiendo de los ilustres antecedentes de *Tirano Banderas* (1926), *El señor presidente* (1946), y *El Gran Burundú-Burundú ha muerto* (1952) para desembocar en esa trilogía ya célebre de *El recurso del método* (1974), *Yo el supremo* (1974) y *El otoño del patriarca* (1975)? ¿Los dictadores son sustituidos ahora por los héroes de la independencia (esos héroes, por cierto, que dieron paso a aquellos caudillos), en el proseguido afán de madurez de un continente que intuye como más válidas las formas de reinterpretación global de la ficción que las más limitadas de la especialización? ¿Y no es acaso, en definitiva, la historia otra forma de narrar?

Por ello la base de estas tres novelas, como de la ulterior de García Márquez, puede fijarse, con el asentimiento de los autores, en una personal investigación histórica sobre Bolívar: documentos de la época, testimonios de contemporáneos, el aporte de los biógrafos llámense Gerhard Masur o Salvador de Madariaga, Waldo Frank o Indalecio Liévano Aguirre. Y, claro está, en la imaginación de quien recrea tales datos, y los utiliza según el curso creativo de su peculiar narración. La ficción se nutre de la historia para ir más allá de ella, y esclarecer el pasado en el diálogo imaginario, y nunca cerrado, del espacio verbal. ¿Qué «nuevos» Bolívares surgen entonces de estos tres primeros intentos de ficción?

Tres novelistas en pos de Bolívar

Caupolicán Ovalles, poeta venezolano nacido en 1936, ha trajinado entre papeles, viejos y nuevos. Miembro del grupo «El techo de la ballena» (1961-1967), que integró el elenco iconoclasta de los años 60, ha dedicado buen tiempo a conservar lo que llama «La gran papelería del mundo», una secular colección de papeles, revistas y documentos históricos venezolanos, reunidos por su abuelo, y que hoy forman parte del patrimonio nacional de su país. Estos dos elementos, poeta y archivista heterodoxo, incidirán en su novela.

Aparecida en 1986, ésta se presenta como el intento de una pareja por recrear en sí misma, y desde Europa, un episodio central y muy debatido de la mitología bolivariana, «como es el de la Monarquía y la supuesta o cierta o infundada coronación de mi personaje» (p. 9).

A partir de allí el texto, sostenido más en la invención verbal que en una trama coherente, hilvana episodios conocidos de la vida del Libertador: su relación con su preceptor Simón Rodríguez; una carta de Francisco Bermúdez oponiéndose, con su vida, a que Bolívar sea rey; la noche pasada bajo el puente cuando la conspiración septembrina, una artículo sobre el tema de la monarquía aparecido en Estados Unidos con otros episodios de carácter más bien inventivo, en su presentación: Bolívar dialogando con el padre Las Casas; teniendo un encuentro con la emperatriz Josefina en la Malmaison, asistiendo a un ensayo de la coronación de Napoleón, a un baile de máscaras, a la ejecución de un cuadro por parte de David.

Todo ello anudado por una prosa libérrima, la poética prosa gracias a la cual los amantes-investigadores, libres del tiempo y el espacio, se comunican, mediante la rela-

ción Bolívar-Manuela, sus propias ansias. Collage surrealista donde el lirismo de los fragmentos va creando una atmósfera muy permeable que halla en la volatilidad del colibrí su símbolo.

Ovalles inventa imágenes sobre un trasfondo histórico: aquél que ciertos discursos o documentos le proporcionan para plantear su debate en torno a la monarquía y al hipotético imperio andesino (Colombia, Perú y Bolivia). Quizás el núcleo central del libro y que aportaría otro dato clave en la caracterización de estos «nuevos Bolívares» sería el conocido discurso del 20 de enero de 1830, cuando Bolívar, ante el Congreso instalado en Bogotá, renuncia a la presidencia, y el tratamiento que Ovalles le da.

El discurso, cual obra teatral, se ve comentado por la voz de siete ciudadanos y un coro que contradicen cada una de sus afirmaciones desde su opositor punto de vista, mostrando la distancia entre la realidad verbal que Bolívar promulga y lo que unos ojos ajenos glosan párrafo por párrafo. Fractura entre los hechos y la retórica, que agudiza así la interacción de los múltiples discursos, y que confirma, una vez más, cómo entre palabras y hechos se abren abismos. ¿Acaso la revolución venezolana de 1826, el grito de la tercera división auxiliar del Perú, la disolución de la Asamblea de Ocaña, la revolución de Obando y López, el sacrificio de Córdova, el 25 de septiembre, no fueron reacciones peculiares ante una posible monarquía?

De este modo los variados puntos de vista despliegan sus interrogantes, más allá de Bolívar y quienes lo apoyaban o se le oponían, más allá del autor y su revisión de estos conflictos, para arribar a un lector que penetra en la historia por la vía de lo posible. Debate escenificado que no deja de tener un libreto documental que no alcanza a recortar el signo propio del libro: juego inventivo, encanto sonoro de un diálogo entre enamorados. Con la ficción se ha cuestionado la unilateralidad de la historia: su versión única. Con la imaginación se ha reconstruido lo que nos hacía falta, el vedado terreno de lo que pudo ser: ¿Quiso ser rey?

Fernando Cruz Kronfly, colombiano nacido en 1943, publicó en mayo de 1987 *La ceniza del libertador,* continuación de una obra narrativa que ostentaba otros dos títulos. En este caso, desde la portada del libro se resumía su contenido: «Los días perdidos del libertador Simón Bolívar en su último viaje, por el río Magdalena, desde Honda hasta Santa Marta».

Se trata de una novela extensa, de 341 páginas en cincuenta y un capítulos que comienza con Bolívar embarcándose en Honda, por el Magdalena, para ir a morir en Santa Marta, en un sampán acondicionado y siete embarcaciones menores que lo acompañan. Un Bolívar que anhela llegar al mar para vomitar sus humores y no oír más las voces que lo consideran un «tirano despreciable» (p. 15). Un viajero enfermo y aquejado por la fiebre, que no come y al cual secundan siempre sus dos perros, su fiel José Palacios, y los delirios incesantes que su ruinoso estado suscita. El que quizá resulte más llamativo, pues determina la estructura del libro, es la convicción de que en el piso superior del barco, ahora transformado en buque de vapor, ruidos confusos lo lleven a creer que allí también viaja un cuerpo del ejército, encargado de su vigilancia, o se prepara un baile, en su honor. Las variaciones en su estado de ánimo pueden lle-

varlo a pensar que quizá también allí se origine una invasión de incómodas moscas, o de males sin cuento, promovidos por un poder maligno e inaprehensible.

En dicho barco irán también su sobrino Fernando, el coronel Santana, el negro tuerto Bernardino y el colegial de San Bartolomé, un fantasmal abogado que aparece y desaparece por puertas inexistentes y que semeja manejar todos los hilos de una burocracia inexorable, unida a Bogotá. Papeles, sellos, firmas, entre los cuales se incluye el célebre pasaporte reclamado por Bolívar varias veces para salir del país y la libranza de sus gastos.

A la puerta inexistente, a los ambiguos ruidos de la parte alta, se añade un capitán enfermo y ciego que nunca aparece, un escribidor futuro que todo lo registra en medio de infinitas latas de cerveza, metáfora vargasllosiana del testigo escritor, y un desfile continuo, en la mente del libertador, de momentos claves de su vida. En definitiva: el alucinante viaje de un buque fantasma.

Batallas y mujeres, Lord Byron y Jorge Washington, Manuela Sáenz, sus escenas de celos y el fusilamiento paródico de Santander durante una fiesta, Simón Rodríguez y la hermana de Bolívar, María Antonia, previniéndolo sobre la corona que podrían ofrecerle. También asoman allí, como leit-motiv, las conocidas frases de Bolívar acerca de la gloria que pretenden destruirle, el vámonos, vámonos, que aquí no nos quieren, el afán de sus leales para que retorne al poder, su advertencia a Manuela para que conserve el juicio y su viejo sueño recurrente de integración americana:

> La antipatía provincial se apodera de todo mientras él sueña con un cosmos unitario, visión espacial de un continente que nace. Ambición que destruye su iris de héroe, su delirio, utopía de una sola patria atravesada por idénticos vientos, semejantes aves, ríos, razas en formación, cosmos malogrado poar un mundo de niños nacidos de otro modo, colegiales de finos modales, guerreros de corto vuelo (p. 63).

Hombre herido y rencoroso: «Yo estoy aquí porque no quise entregar la República al Colegio de San Bartolomé» (p. 12). Hombre vencido que «acababa de repudiar el poder político de sus manos para ahogarse en cambio en un inexplicable apocalipsis voluntario» (p.19), la cambiante alternativa de su voluntad —irse, quedarse, abandonar la lucha, retornar al combate— tienen un triste asidero. El que José Palacios formula así: «Recordar es bueno, general, es como llorar en seco» (p. 168).

Rememoración compungida de un pasado esplendor, la novela se hace excesiva en el contrapunto de sus dos realidades: la del viaje, por una parte; la de lo que revive, por otra. Así en la página 278 llevamos sólo 11 días de navegación, como si el esquema cronológico en el cual el autor se apoya, por más elástico que fuere, se resintiese por los excesivos episodios reales o imaginarios con los cuales va dilatando sus límites.

Por su parte, los personajes prolongan sus vidas más en las fantasías sorpresivas del autor, que en su peculiar desarrollo interior: no terminamos por saber con claridad quién fue cada uno. Reconocemos, sí que en el buque pasan cosas raras. Como en *Los premios* (1960), de Julio Cortázar, novela en la cual también una parte del buque hace prever pestes y compartimientos que deben ser aislados, sin definirse el rostro del mal.

El peligro de tal procedimiento es volverse esquemático: al pasar por Mompox recuerda Ayacucho, y así los días de gloria iluminan los de su actual miseria, exasperan-

do el dolor. Pero hacer de cada detalle del paisaje el punto de partida para una memoria añorante, y de cada ruido un motivo de inquietud para una mente acosada por sus miedos, demora, en exceso, la inexorable caída de un hombre en la muerte.

Si la novela de Ovalles se resiente por la ligereza especular de su escritura lírica, la de Cruz Kronfly se halla lastrada por un afán verboso y proliferante. El contorno ribereño y la desordenada diversidad de los recuerdos terminan por ahogar, en alguna forma, no sólo a la figura central sino al trío acompañante (Palacios, Fernando, Santana) y a las comparsas emblemáticas (abogado, escribiente, negro cocinero y capitán), lo cual se acentúa con los breves poemas en prosa que Cruz Kronfly intercala. Tantas técnicas narrativas, a las cuales se añaden las reflexivas cartas que el libertador recibe de un también evasivo corresponsal, Uldarico Clavel, terminan por reclamar el conciso laconismo de la sola crónica histórica: su itinerario apenas, Mompox, Turbaco, Sabanilla y la escueta desnudez de datos concretos, de mujeres que lo amaron, papeluchos que lo infamaron, y furias que sentía, al perder en los naipes. Ello también nos lo da Cruz Kronfly, pero como sepultado entre tantos puntos de vista mientras sampán se transforma en barco de vapor y la puerta rota, al final, sólo revela, en la parte superior, lo que nos temíamos: un colosal basurero de papeles oficiales, orlas, cintajos y diplomas. Un símbolo obvio del país de leyes y jurisprudencia que sustituiría a su anterior ímpetu guerrero, expulsándolo hacia la muerte y aceptando, como en el mencionado congreso de Bogotá, su renuncia, sin un solo voto en contra. Así tanto Ovalles como Cruz Kronfly cierran el periplo de su «nuevo» Bolívar, resaltando como decisivos no sus discursos iluminados, ni tampoco la minuciosidad legal de sus contradictores, sino el ímpetu irreversible de sus hechos, dictados por una voluntad férrea. Por un Bolívar terrestre y derrotado.

De ahí el énfasis de Cruz Kronfly en su cuerpo: bilis, atrabilis, hastío. Un cuerpo en ruinas para el cual comida y excrementos, bebida y orina, gases y desvanecimientos en el juicio, recalcan su condición humana. Varón de dolores embarcado en «una expedición a ciegas en una noche sin astros» (p. 229). Un Bolívar desmarmolizado que al alejarse voluntariamente del poder, ingresa en un exilio sin regreso, afrenta tras afrenta. El congreso de Venezuela que considera a Su Excelencia causa de todos sus males, no dialogará con el Estado de Colombia (creados ambos por él) hasta tanto Bolívar no abandone su territorio: el padre era repudiado por sus hijos. ¿Cómo no escribir una novela con tal tema?

Así el Bolívar vuelto papel sueña, por última vez, en su peculiar lengua: la corporal lengua con que Cruz Kronfly ha querido volverlo a la vida de nuevo:

> He construido varias repúblicas bajo la idea de una gran unidad continental, pero cuando me alejo del sur rumbo al norte, el país que dejo atrás se pierde y nuevas guerras civiles lo arruinan. Todo esto es una desgracia.
> — Es el destino, señor, la fatalidad.
> — Coño, catire, ninguna fatalidad, hablo de las ambiciones provinciales, de eso que nos está matando.
> — También la fatalidad, general.
> — Quédate con eso, ¡la ambición, la ambición! (p. 306).

Los discursos históricos han sido puestos en duda por el discurso de la ficción. Los «nuevos» Bolívares ven caer las máscaras de todas aquellas ideologías que maquillaban

el desnudo apetito del poder. Diálogos que se confrontan, en la novela de Ovalles. Voz que surge, en medio del basurero retórico en la de Cruz Kronfly: un «nuevo» Bolívar, desnudo y dialogante, va emergiendo de allí.

Pero es otro novelista venezolano, Denzil Romero, nacido en 1938, el que continúa la exploración de esta nueva veta corporal de Bolívar. Su novela, *La esposa del Dr. Thorne,* es una novela erótica centrada en la quiteña Manuela Sáenz, amante del libertador. Aparecida en la misma colección en que Mario Vargas Llosa publicó *Elogio de la madrastra,* la novela de Romero tiene todo el esquematismo (quiebre de lo religioso, tabú del incesto) previsible en un libro de este tipo. Sin embargo, y a pesar de su escenografía rutinaria, los viejos contenidos se cargan de una cierta intensidad al encarnar en figuras célebres. No sólo los padres de la patria, trátese de Bolívar y San Martín, sino de las que sin ironía no podemos llamar madres de la patria sino apenas amantes de la misma: me refiero a Manuelita Sáenz y a Rosita Campuzano, también ecuatoriana, también protagonista de un episodio amoroso con San Martín. Lo que los historiadores colombianos han comentado sobre el papel protagónico, pero entre bambalinas y alcobas, de las Ibáñez, se amplía ahora con estas dos quiteñas de armas tomar. Y, claro está, con el cambio vertiginoso que dos ciudades como Lima y Quito experimentan por aquellos años, ante el torbellino revolucionario.

Pero esta novela, demasiado apresurada y bastante sensacionalista, en su afán de presentarse muy al día, muy profesionalmente desparpajada, replantea el papel decisivo del interlocutor callado de nuestra independencia: la voz de la mujer. Si Manuela Sáenz «descubre una continuidad entre el eros y la política, la sexualidad y el poder» (p. 174) es evidente que dicho poder no sólo le servirá para ser «capitana» del ejército libertador, luego de la batalla de Ayacucho, donde al parecer participó, ni para sorprender «a los pacatos cachacos bogotanos» (p. 128) con mascaradas tan escandalosas como la de incitar al fusilamiento paródico de una efigie de Santander, sino que ella, «mi adorable loca», como la llamaba Bolívar, tenía la suficiente integridad de ánimo y valentía de espíritu para expresar con claridad su rebelión: ante su marido, el inglés James Thorne, en la carta que tantas veces se ha citado pero que no deja de sorprender aún:

> Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos o más honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente (p. 196).

Bolívar, seductor nato (la francesa Fanny du Villars, la caraqueña Josefina Machado, la ocañense Bernardina Ibáñez, la nativa de Ancash, Manolita Madroño, la que dejando olvidado en su cama un arete de diamantes motivo de que dos edecanes tuvieran que salvarlo a él, el libertador de cinco naciones, de las uñas celosas de Manuela) mantendrá con ella una relación larga, ocho años, conflictiva, y no por ello menos plena. Lo incandescente de sus declaraciones amorosas: «Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa: de ti, Manuela», «A nadie amo, a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo», no impedirá ni las traiciones ni el hecho de que siga unido a ella hasta el fin. El lazo que los ataba era mucho más fuerte: se llama pasión. Y la retórica amorosa, como la retórica política, se verá súbitamente animada por dicha pasión: cuerpos y rostros reales.

Rufino Blanco Fombona, refiriéndose a la segunda de ellas, la retórica política, dirá: «A veces lo perjudican la ampulosidad oratoria, las remembranzas mitológicas y las figuras heladas, a lo siglo XVIII». Pero esto, a la postre, resulta harto circunstancial: el precio de una época. La sola restitución de estos hechos y estas mujeres no sólo trae consigo la faz obliterada de nuestos héroes: los dota de peso. Nos recuerdan cómo no sólo modificaron su época sino la forma como se hallaron enredados en las minucias cotidianas de una existencia concreta, tan concreta como la economía, la política, o la lucha de clases. No tanto esta novela en sí sino la puerta que abre nos obligan a preguntarnos hasta que punto el fastidio de Manuela Sáenz por Santander y Córdoba cambió nuestra historia o, en otros términos, en qué medida el amor modifica a un hombre. Sólo las novelas pueden responder a tal tipo de preguntas.

La de Denzil Romero, sin lograrlo, comienza a revelar el reprimido trasfondo de una historia que nos parecía congelada. Bolívar, hablándole a Manuela, uniéndose a ella, restituye el fuego que la inflamó. La novela ya fue vivida por Bolívar y escrita por él, en sus discursos, proclamas, cartas y billetes amorosos. Él mismo inventó su propia vida y él mismo la redactó. ¿De qué infancia surgía entonces esa lengua que nuncamás se volvió a oír? ¿De dónde esos labios que, según Alberto Lleras, «produjeron las más elocuentes palabras de nuestra historia»? [1]

Antes de averiguarlo, vale la pena cerrar este capítulo acerca de las tres novelas sobre Bolívar —el Bolívar monárquico de Ovalle, el Bolívar viajero hacia la muerte de Cruz Kronfly, y Manuela Saénz, amante de Bolívar, en la novela de Denzil Romero, novela, por cierto, más centrada en la imaginaria vida erótica de la Sáenz que en su relación con el Libertador trayendo a cuento unas declaraciones de Cruz Kronfly, que revelan la poética de un novelista y de algún modo la voluntad crítica que determinó estos tres textos:

> El personaje más importante del proceso fundacional de nuestro país es Bolívar, quizá de todo el continente por su dimensionalidad, y no sólo por sus ilusiones y su proyecto libertario, sino por su derrota; porque lo que es claro es que en estos países nunca se asumió verdaderamente el propósito que él se hizo: las clases dirigentes que lo siguieron o sustituyeron jamás retomaron sus puntos de vista, es decir, éste parecía ser irrealizable, utópico, digamos marginal; en ese sentido era un personaje próximo a nosotros, es el hombre derrotado, y esa es la visión que me interesaba tratar en mi novela, más allá del héroe, el otro lado de Bolívar [2].

Dejando por ahora la ficción de lado, volvamos aparentemente a la historia.

Educación y disolución

El segundo libro que Germán Arciniegas (1900) ha dedicado a Bolívar, *De San Jacinto a Santa Marta,* busca rescatar dos momentos esenciales de su vida: juventud y muerte. Educación y disolución. La formación de un rebelde, a través de tres preceptores singulares: Simón Narciso Rodríguez, el russoniano enamorado de la naturaleza e in-

[1] *Alberto Lleras: «El congreso de Angostura»,* Boletín de Historia y Antigüedades, *Bogotá, vol. LVI, números 651/653, enero-marzo 1969, pp. 53-57.*

[2] *Umberto Valverde: «Bolívar en novela»,* El Tiempo, *Bogotá, Lecturas Dominicales, 24-V-1987, p. 11.*

fluido por la Ilustración Francesa. Miguel Sanz, el jurisconsulto que se había nutrido de las fuentes populares españolas, trátese de los Comuneros de Castilla o de los aragoneses que mantenían sus fueros y, finalmente, Andrés Bello, casado dos veces con inglesas, y quien nos daría códigos, gramática y fijaría, en odas neoclásicas, una desparramada naturaleza tropical[3].

Tres influjos capitales y una pedagogía sui-generis: cabalgar desnudo o andar a pie, por los Andes, con Voltaire y Goethe como compañeros de ruta. Lo dijo en una ocasión: si no hubiese viajado a Europa, y me hubiese quedado en San Mateo, habría terminado siendo un déspota rural. Sólo que el viaje a Europa lo volvió más americano aún: así lo expresa su carta a Páez, desde Lima, el 6 de marzo de 1826:

> Ni Colombia es Francia ni yo Napoleón... Napoleón era grande, y único, y además sumamente ambicioso. Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César; aún menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto es imposible degradarlo. Por otra parte, nuestra población no es de franceses en nada, nada, nada. La república ha levantado el país a la gloria y a la prosperidad, dando leyes y libertad. Los magistrados de Colombia no son ni Robespierre ni Marat.

Admirable distancia aquella que lo separaba de Europa y que precisamente gracias a Europa le permitía medir el desfase entre su ferviente utopía y la onerosa realidad. Sus tres tutores y la atmósfera romántica contribuyeron a conformar su hazaña.

Durante el terremoto de Caracas y ante la prédica eclesiástica en favor de los españoles, trazó, para siempre, el rasgo que la distingue: «Si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca». Cuántos poetas románticos dijeron lo mismo y ninguno, salvo Bolívar, vieron cómo ella, en su desmesura, se estrellaba contra tan brutal realidad. Pero tan vasto conflicto, y un desengaño tan profundo como el que rezuman sus últimos días, terminaron por otorgarle una experiencia acerca de estos países y su gente que va mucho más allá de la intuición: es un conocimiento a fondo, su educación fue esa praxis vital. En su discurso ante el Congreso de Angostura (15-II-1819) sentó una de las bases de tal análisis:

> Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte; que más bien es un compuesto de Africa y América que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma, deja de ser europea por su sangre africana, sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis: esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia.

Y lo que el decía de los países que había liberado provenía, en alguna forma, de sus propias raíces, formación y convicción. Del arduo aprendizaje con que un hombre rehace, en sí mismo, el mundo que lo vio nacer. Alberto Lleras sintetizó así la educación

[3] *Sobre la impresión desfavorable que Bolívar, en su juventud, causó en Andrés Bello ver el curioso estudio de Luis López de Mesa:* Bolívar y la cultura iberoamericana *(1945), Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1984, 110 pp., que contiene, sobre todo en su primera parte, interesantes juicios sobre el libertador.*

sentimental de este hijo del siglo, estudiaba por Arciniegas a través de sus tres tutores. Dice Lleras:

> Cuando Santander asalta el puesto de Paya para iniciar el ascenso (por los Andes) Bolívar habla del paso de las Termópilas. No parece sino que su imaginación tropical y su cultura europea en espléndido mestizaje, le ayudan a disfrazar y olvidar las presentes miserias y padecimientos, y lo conducen a un destino portentoso, un poco obnubilado, pero siempre realista... El discurso inaugural de Angostura, como la constitución boliviana, muestran en el libertador al discípulo de las utopías de don Simón Rodríguez, pero también dejan ver al espíritu prudente y realista que ha padecido, detestado y previsto el desorden americano, la improvisación, la oclocracia, la vanidad y el tumulto como las enfermedades profesionales de la vida pública en el novísimo mundo[4].

Pero es la parte cuarta y final del libro de Arciniegas, titulada: «Vámonos: aquí no nos quieren», la que retoma los días últimos del Libertador y su viaje hacia la muerte, los mismos días que ya vimos tratados en la novela de Cruz Kronfly. Como si en la muerte se esclareciese la vida y la postrer imagen revirtiera sobre las otras, iluminándolas con un fulgor inmodificable. Como si el análisis del adiós fuese más acuciante que el canto de la gloria.

¿Cómo ve entonces Arciniegas este otro lado de Bolívar? ¿Su final? Curiosamente, como un novelista. El presidente de la Academia de Historia apela a sueños y diálogos imaginarios, se apoya en las conocidas frases de Bolívar pero las enmarca en descripciones típicas de su prosa, pone a la muerte a tomar apuntes desde una garita, en las murallas de Cartagena, y salta desde ese presente caluroso que recorre Bolívar en su viaje por el río, hacia sus múltiples pasados. Las 341 páginas de Cruz Kronfly se reducen a 44 en Arciniegas, quien vuelve a recorrer los pasos del Libertador —Mompox, Tenerife, Barranca, Turbaco, Cartagena— intentando efectuar la cuenta y extraer el saldo. Su balance no deja de ser muy americano:

> Lo único cierto es la realidad de estos pueblos parados del Caribe, amasados en soledad y calor. Estar aquí sentado en este taburete de cuero, recostado en la pared blanca de cal, recibiendo recados tediosos de Bogotá, groseras cartas de mi propia tierra, hundiéndome en un fondo de chismes y de bochinches. Como si todo viniera a parar en estas miserias (p. 163).

No es el historiador quien habla. Es el propio Bolívar, en el lúcido desvarío de sus postrimerías, revividas por Arciniegas. Sus cartas confirman lo sombrío del diagnóstico: «Esta América es un caos: no se puede hacer lo que se piensa ni pensar lo que se debe... Marchar, en una palabra, a ciegas» (Carta al mariscal Santa Cruz, mayo 1830).

A partir de allí, en el contrapunto febril de una escritura que busca apoderarse de otra, apoyando Arciniegas sus frases en las frases que Bolívar emitió, el proceso avanza en círculos concéntricos de progresiva disolución: la ruina física se refracta en el desastre moral que los circunda. El asesinato de Sucre y el desmembramiento del territorio que soñó unido, liberando el sur para perder el norte. Páez en Venezuela, Obando y López en el Cauca, Santander en Bogotá, Flórez en el Ecuador, Córdoba en Antioquía, La Mar en Perú: el cuerpo de la patria era su propio cuerpo, hecho pedazos. Todo se le escapaba de las manos, en la más amarga de sus quejas: «Últimamente he de-

[4] *Alberto Lleras,* ibídem.

plorado hasta la insurrección que hemos hecho contra los españoles» (p. 157). «Yo estoy viejo, enfermo, cansado, desengañado, hostigado, calumniado y mal pagado. Yo no pido recompensa más que el reposo» (p. 157).

Quien habla de nuevo, a través de Arciniegas, es el propio Bolívar: tenía 47 años. El 8 de mayo de 1830 partió hacia Cartagena. El 17 de diciembre murió en Santa Marta. La historia se nos ha vuelto novela. ¿De qué otra forma, acaso, contarla?

Además, y en el siglo romántico por excelencia, ¿qué otro héroe más prometeico que éste? Un héroe degradado, en un mundo también degradado, buscando valores más altos y más puros. Sólo Napoleón y Washington podrían comparársele, pero Napoleón, en Santa Elena, vigilado por sus cancerberos ingleses y maquinando los fugaces días de su revancha no podía competir, como imagen dramática, con el manojo de huesos que en la quinta de un español recibe al obispo, en vísperas de su muerte, y al irse éste exclama, minotauro irredento: «¿Cómo saldré yo de este laberinto?». El laberinto que eran nuestros propios países creados por él. La documentación se ha vuelto irrisoria ante el dramatismo de las escenas. La linealidad cronológica del viaje se ha roto en el fragmentarismo de los recuerdos. Intensidad teatral: son los cuadros vivos de un muerto. Lo verosímil desaparece ante los 600.000 muertos de las guerras de independencia y los catorce generales españoles que en Ayacucho rinden sus espadas. El mundo de Colón, el imperio que mantuvo tres siglos de coloniaje, se va tornando americano, en la misma medida en que la arqueología de los viejos papeles se ve vitalizada por la fluidez de un cronista que se sumerge en ellos como si este mundo fuera el de su imaginación sin talanqueras. Arciniegas, el periodista-historiador se halla a punto de dar el salto: ya no un reportero que interroga al pasado sino un novelista poeta que habla de amor: «Esta es mi primera cita de amor, señora muerte. Y ella: ya volverá el olor de los jazmines» (p. 186).

Si en el libro de Arciniegas se aspiran jazmines, en un cuento de Alvaro Mutis, sobre el cual volveremos, se trata de naranjos: el aroma de naranjos que inhala por última vez su «alma de huérfano solitario»[5]. Por ahora sólo resta señalar que la educación de este hombre —el hombre que había perdido a su padre a los tres años, a su madre a los nueve, y a su esposa a los veinte— ha concluido, retornando a ese pasado infantil donde todos los proyectos eran factibles, incluso recomenzar la lucha de nuevo, y desde el principio: desde su natal Caracas. Postular, hacia el futuro, un cumplimiento de sus ideales, que la muerte sólo posterga por poco tiempo. De ahí resulta que las formas de abarcarlo, comprenderlo y narrarlo, no podían ser únicamente las de la historia. Su complejidad reclamaba la ficción y el segundo libro de Arciniegas lo atestigua con creces: al Bolívar mundial, al Bolívar americano, al Bolívar contradictorio y corporal, se añade un Bolívar humano en su derrota, grande en su tragedia, de posibilidad y fracaso, de logro juvenil y de muerte precoz. Un Bolívar a punto de convertirse en personaje de novela, «el Colón de la segunda revolución», como termina por llamarlo Arciniegas. Ese Colón, sobre quien en definitiva sabemos tan poco. Ese Bolívar, sobre quien

[5] *El cuento «El último rostro» se halla incluido en Alvaro Mutis:* La mansión de Araucaima, *Bogotá, Editorial Oveja Negra, Biblioteca de Literatura Colombiana, n.º 70, 1985, y abarca las páginas 70 a 93. Por dicha edición cito.*

se ha escrito tanto pero cuyas imagen final aún continúa siendo especular e inaprehensible: la propia nuestra. La que aún continúa haciéndose, y deshaciéndose.

El último rostro

«El último rostro» (1978): así se titula el cuento de Alvaro Mutis, referente a los últimos días de Bolívar, vistos, con borgiano recurso, a través del manuscrito de un coronel polaco, Miecislaw Napierski, quien «había viajado a Colombia para ofrecer sus servicios en los ejércitos libertadores» (p. 71). Fechadas entre el 29 de junio y el 10 de julio, cada una de las anotaciones sintetiza con vigor los postreros juicios del Libertador sobre un continente y quienes lo pueblan:

> Aquí se frustra toda empresa humana —comentó—. El desorden vertiginoso del paisaje, los ríos inmensos, el caos de los elementos, la vastedad de las selvas, el clima implacable, trabajan la voluntad y minan las razones profundas, esenciales, para vivir, que heredamos de ustedes. Esas razones nos impulsan todavía, pero en el camino nos perdemos en la hueca retórica y en la sanguinaria violencia que todo lo arrasa. Queda una conciencia de lo que debimos hacer y no hicimos y que sigue trabajando allí dentro haciéndonos inconformes, astutos, frustrados, ruidosos, inconstantes. Los que hemos enterrado en estos montes lo mejor de nuestras vidas, conocemos demasiado bien los extremos a que conduce esa inconformidad estéril y retorcida (p. 79).

Sus dictámenes son inapelables, marcados todos ellos «por un escéptico fatalismo y un hondo conocimiento de los secretos resortes que mueven a estas gentes»: uno de ellos, la oculta y como vergonzosa nostalgia de los fastos virreinales. Otro, unido al anterior, la dilapidación de la herencia libertadora no sólo en las guerras civiles sino en el mantenimiento de los viejos privilegios esclavistas. Pero más allá de la dolida diatriba contra «los astutos políticos con alma de peluquero y trucos de notario que saben matar y seguir sonriendo y adulando» , el cuento centra su tensión en un Bolívar huérfano, que no halla tierra propia donde morir, ni en América ni en Europa, y que sólo un sueño referido a su adolescencia madrileña halla en esa Madre-Mujer-Amante-España un efímero y desgarrador consuelo, el presagio de una muerte que se define en la claridad atroz del sueño: no puede unirse a ella, sólo le resta ser valiente. Es un mestizo: hombre de ninguna parte. Ni español ni indio.

El autobiográfico laberinto

La nueva novela de Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto,* dedicada a Alvaro Mutis, parte de este cuento y así lo reconoce en sus «Gratitudes» finales. También ella enfoca a Bolívar no directamente sino, con tono de crónica de época, a través de un mediador, José Palacios, el más antiguo de los servidores de Bolívar, quien define la opacidad de su amo con una reiterada sentencia: «Lo que mi señor piensa, sólo mi señor lo sabe». Sin embargo algo de él se nos va revelando, mientras recorre el itinerario que ya conocemos, río Magdalena abajo, para ir a morir en Santa Marta. En tal viaje García Márquez desmitifica el perfil romano de sus estatuas y nos lo ofrece, reducido y por ello mismo mucho más grande, en la humana dimensión de sus 1.65 metros. ¿Cuál Bolívar surge de esta primera lectura? Un hombre al cual la vida le había

enseñado «las veleidades del poder» y «la inutilidad de la gloria». Un Bolívar rencoroso ante los agravios, estreñido de vientre, agresivo y mal perdedor en el juego de la ropilla, y admirador de los ingleses. Un Bolívar seductor, bailarín infatigable, hipersensible a los olores, idealista y exaltado, que no creía en lo sobrenatural, y muy quisquilloso ante las opiniones ajenas: convencido, además, de que en Colombia nadie lo quería y que en Caracas ya nadie lo obedecía, y para el cual, con palabras del cuento de Alvaro Mutis que García Márquez retoma y expande, «el sinuoso, opoca y eficaz Santander, sabio en artimañas de leguleyo y dedicado a hacerle el juego al grupo de familias que comienzan a cosechar con avidez los frutos de la independencia» (p. 89) se constituye en su más notorio enemigo.

Un Bolívar, en fin, que para en seco la volubilidad intelectual de los franceses, el absolutismo de los europeos, prevé las 49 guerras civiles que vendrán en lo que resta de siglo, las consecuencias nefastas de la deuda externa y que justifica volubilidades, contradicciones y deslealtades con la firmeza inalterable de un único sueño: la unidad americana. Todo ello aflorando de un cuerpo en ruinas y un alma desencantada.

Pero leyendo más despacio vemos cómo lo singular de este Bolívar caribeño que reniega de los cachacos andinos, viciosos en el hablar, y repudia a Santa Fe de Bogotá, la ciudad taciturna y cubierta de brumas, la ciudad formalista y conservadora, donde quiso edificar su gloria, es que llega a parecerse demasiado al propio García Márquez, no sólo en su rechazo a la ciudad «lejana y turbia», como llama al final a Bogotá[6], ni en su animadversión hacia Estados Unidos, ni en su afán de sacer a la luz lo que el ladino dialecto de los bogotanos y sus maneras relamidas, que «servían más para ocultar que para decir» (p. 46.), mantenía reprimido, sino con su obsesión, tantas veces puesta de presente, por la soledad del poder y su eclipse último, entre los estragos de la vejez.

En cierto momento de la novela García Márquez habla de Bolívar como un hombre «abrumado por la mayor cantidad de gloria que ningún americano vivo o muerto había merecido jamás» (p. 46). ¿Qué tentación, entonces, para un novelista apoderarse de algún modo de esa gloria y añadir a su reflexión sobre los áridos mecanismos del poder, la historia de quien los tuvo todos y ahora, en un último sobresalto de su movilidad perpetua, ve cómo ellos desaparecen, en una hipotética campaña para reiniciar de nuevo la independencia que agoniza, en la misma forma que agoniza su cuerpo?

[6] *No intento un análisis literario ni menos histórico de la novela, que tantas reacciones ha suscitado. Busco situarla apenas en el contexto de los libros aparecidos sobre Bolívar en los últimos años, entre ellos el de Fabio Puyo, un sintético breviario histórico que sirve de apoyatura a la ficción de García Márquez. Sobre los dos niveles de la misma, el histórico y el novelístico, sus superposiciones, cruces y conflictos, son de interés las reseñas de Antonio Caballero («Un libro escrito con una sola mano»,* Semana, *Bogotá, n.º 358, 20-III-89, pp. 34-35) donde se dice; «el haberse ceñido al rigor histórico absoluto encierra a la novela en el callejón sin salida del didactismo y la monotonía» y el de Cristina Piña («En el laberinto»* La Gaceta, *Tucumán, 14-v-89, p. 3, 4.ª sec.) el cual señala cómo «el autor somete imaginación y lenguaje a las marcas discursivas propias de la historiografía liberal, lo cual determina que literariamente, este segundo relato (el histórico), que por desgracia es el hegemónico, adopte todas las convenciones lingüísticas temporales y de presentación del espacio y los personajes, propias de la novela decimonónica».*

Sobre los aspectos históricos ver Germán Arciniegas: «Bolívar y Urdaneta», El Tiempo, *Bogotá, 30-III-89, p. 8A, y Carlos Lemos Simonds: «El fin de una amistad» (Bolívar y Santander) en* Credencial, *Bogotá, n.º 30, mayo 1989, pp. 17 y 19.*

Por ello el hombre que aguarda en vano un pasaporte y trata inútilmente de cobrar una libranza de 8.000 pesos contra la Tesorería de Cartagena, se une, a nivel del manejo de la anécdota, con el coronel al cual nadie le escribe, con el general Aureliano Buendía que perdió todas sus guerras, con el dictador insepulto en su palacio lleno de vacas y con el buque que navega, Magdalena arriba y abajo, eludiendo la peste con su carga de amor. Y el Bolívar que recorrió dicho río cuatro veces se trueca en el García Márquez que lo navegó once veces en su adolescencia y que ahora, pasando de los sesenta años, recrea en este texto su polémica relación con la historia de Colombia, Bolívar sigue incitando a la autobiografía. Como el mismo García Márquez lo dijo en su entrevista en *Semana:* «La única debilidad que me reconozco es que es un libro vengativo contra los que le hicieron a Bolívar lo que le hicieron»[7]. Por lo cual quizá Plinio Apuleyo Mendoza, comentándolo, se pregunta: «¿Un viejo ajuste de cuentas hacia la antigua ciudad virreinal cuyas ínfulas siempre lastimaron al costeño pobre que fue Gabo cuando joven? A lo mejor, aunque se trataría de una reacción inconsciente —de un inconsciente colectivo, costeño— que en el caso del libro se apoya, es cierto, en hechos históricamente objetivos»[8].

De ahí los dos discursos del libro, el histórico y el novelístico, el autobiográfico y el creativo, y la fusión de los mismos en un único producto: el de la novela histórica. Apoyada en el documento, socializada en un ámbito democrático y alfabeto, en el cual el lector se identifica imaginariamente con gestos e ideales posibles, la novela histórica de la época romántica hallará su fuente en los orígenes mismos de una comunidad, analizando la conformación de su identidad. Típico producto, como dice Noé Jitrik, de «una generalizada ansiedad por el presente»[9] en el cual el hecho histórico va siendo desplazado por la peripecia del protagonista: no de dónde se procede sino quién se es. Dicha novela, al pasar a América, hará de su búsqueda no tanto la social y clasista sino la de una legitimidad nacional. La ficción como persuasión. De allí la fascinación que sobre ella ejercen no los héroes secundarios sino los personajes principales: Pancho Villa o el dictador Francia, Henri Christophe o Bolívar. La novela histórica, producto romántico, se ejerce sobre una historia que es fundamentalmente una historia del poder, consustancial, por cierto, a la problemática del Estado. Sólo que su rasgo predominante, como anota Jitrik, «es que pone el acento en el carácter didáctico del elemento trágico». «Lo trágico se constituye sobre lo que es invariable en la historia a partir de una acción imaginaria sobre lo ya sabido. En esta filiación, no resulta sorprendente que todo protagonista de novela histórica sea trágico».

Bolívar, el héroe trágico, ha desplegado así sus íntimas desarmonías sobre un drama más vasto: el drama de la independencia americana. Estos libros contribuyen a esclarecerlo, retomando la justa observación del propio analizado: «Para juzgar a las revoluciones y a sus jefes, debemos observarlos desde cerca y juzgarlos desde muy lejos». Só-

[7] *María Elvira Samper: «Es un libro vengativo»*, Semana, *Bogotá, n.º 358, 20-III—89, pp. 26-33.*

[8] *Plinio Apuleyo Mendoza: «Rumbo a la muerte»*, El Tiempo, *Bogotá, 20-III-89, p. 5A.*

[9] *Noé Jitrik: «De la historia a la escritura. Predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana», en su libro* El balcón barroco, *México, U. Nacional Autónoma, 1988, pp. 49-74.*

lo que todo juicio sobre Bolívar es un juicio sobre nosotros mismos: aún está vivo. Gracias a estos libros lo vemos de cerca. ¿Ya estaremos a tiempo para juzgarlo desde muy lejos? [10]. Sólo que tal cercanía no disminuye su grandeza. Por el contrario: la acrecienta. Hace real nuestro afecto.

Juan Gustavo Cobo Borda

Retrato de Bolívar, óleo de la pintora cubana Rita Matilde de la Peñuela, de mediados del siglo pasado

[10] *Para un análisis de la retórica bolivariana ver Simón Bolívar:* Discursos y proclamas, *compilados y prologados por Rufino Blanco Fombona, Buenos Aires, El Cid Editor, 1978, cuya lectura demuestra la eficacia práctica de su verbo romántico y los remanentes neoclásicos del mismo. Un muy perspicaz análisis de «La imagen argentina de Bolívar, de Funes a Mitre», es el de Tulio Halperín Donghi en su libro* El espejo de la historia, *Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987, pp. 113-39.*